

# La prosa de Tomás Rueda Vargas\*

Jairo Morales Henao  
Director Taller de Escritores  
Biblioteca Pública Piloto de Medellín

Don Tomás Rueda Vargas fue un estupendo escritor menor. Conocí su libro sobre las haciendas de la Sabana de Bogotá en las ediciones de la Colección Popular del Instituto Colombiano de Cultura cuando su director era el poeta Jorge Rojas. Esos libritos que a los muchachos de entonces nos permitieron conocer en forma amplia, y sobre todo barata, la literatura colombiana de todos los tiempos, desde la Colonia hasta bien entrado el siglo XX. Su prosa imponía sensaciones de suavidad, serenidad, placidez y una como secreta poesía en tono menor que atravesaba, invisible y asordada, pero constante y vivificadora, sus episodios y descripciones. Era claro que no se estaba ante una obra magna, de ambiciosas aspiraciones artísticas contemporáneas, desgarrada por la tragedia, sacudida por abismos existenciales, estremecida por pasiones extremas. Nada de eso. En el prólogo a la selección de textos de Rueda Vargas publicada dentro de la “Biblioteca Colseguros de Autores Colombianos” en estupenda edición de pasta dura, Alfredo Iriarte define esa prosa con palabras difíciles de mejorar:

“...un caudal que no corre entre barrancos, abras tenebrosas y guijarros descomunales con los consiguientes estruendos y fragores, sino que, por el contrario, es una corriente diáfana, mansa y apacible que se desliza con

andadura suave y reposada, como los arroyuelos en las églogas de Garcilaso. Es una prosa en la que no se perciben las resonancias propias de los grandes barrocos sino el fraseo lento y melodioso que, volviendo al símil del maestro argentino, caracteriza los coloquios que animan las sobremesas de los hombres que no han dejado atrofiar la máquina de la imaginación y el discurso”.

Sí, una prosa de sobremesa. Y sobremesa de estancieros acomodados y de la Sabana de Bogotá. Porque a lo que queremos apuntar en esta nota es a la intuición –intuición reforzada por datos– de un estilo nacido, desplegado y afianzado en los límites de esa geografía que también, y tan bien, recrearon e inventaron –cada uno a su modo– los pintores de la llamada “Escuela de la Sabana”, geografía constituida por una sosegada, profunda y apenas variable horizontal, a la que resaltan la vertical delicada, elegante y decidida de sauces y eucaliptos, y la roma de espadañas, casas, ranchos, estancias, chircales, hombres y rumiantes; refrendan los arroyos lentos; aduerme y entristece una luz gris; ensanchan cosmos de nubes y cielos que se ahondan hasta el vértigo, y adensa una vaga, imprecisable pero sensible voluntad de reposo que emana de la totalidad del mundo. Es una totalidad que rehúye el contraste, subsume la diferencia y apareja la entonación,

\* Tomás Rueda Vargas, *Páginas escogidas*. Prólogo y selección de Alfredo Iriarte. Bogotá, Colseguros, 1996.

características que, trasvasadas en la prosa de los costumbristas bogotanos, hicieron de ella un mar calmito y casero —fuente de donde proviene en línea directa don Tomás, habidas variadas influencias extranjeras—, con aroma de plácido y espumoso chocolate de tres de la tarde, paladeado bajo un cielo sombrío, al amparo de un corredor tachonado de begonias, y flotante y tamizada luz escasa demorándose en la superficie del aire.

No se vea en éstas nuestras expresiones fermento alguno despectivo para esa prosa. Muy al contrario: lo que intuimos es un ajuste creciente de la escritura de los costumbristas que lo precedieron con la vastedad, placidez, soledad, horizontalidad, recogimiento, opacidad y dulce melancolía de ese ámbito manso, que en los ojos de los pintores se trasciende de sugerencias inefables. Ajuste que en don Tomás Rueda Vargas alcanzaría su esfericidad, su plenitud expresiva. El tono, el fraseo, el ritmo y la textura de su prosa se corresponden con el paisaje de la Sabana de Bogotá, como los óleos de Páramo, Zamora, Llanos, Moros Urbina, González Camargo, Díaz Vargas o Gómez Campuzano que, pese a sus diferencias, son tocados por los signos comunes —inevitables, inspiradores— que hemos señalado.

Con el costumbrismo comenzó en firme en el país la literatura basada en motivos nacionales: paisaje, personajes, lugares, costumbres. Y el costumbrismo colombiano nació y alcanzó su desarrollo más vigoroso en Bogotá. En 1837 aparecen en el periódico capitalino *Argos* los primeros cuadros de costumbres. A partir de entonces y durante treinta y tres años se publican en la capital del país unos diez periódicos que acogen la producción de la literatura costumbrista, algunos de ellos de manera exclusiva. Una intensidad tal tuvo que crear una tradición, unas temáticas preferidas y un estilo dominante, y, por supuesto, un gusto en el público lector. Era apenas natural

que don Tomás, nacido en 1879, fuera alcanzado por esa sensibilidad más que por las excepciones a ella, como José Asunción Silva (hijo del escritor costumbrista Ricardo Silva) o Rafael Pombo (hermano de Manuel, reconocido autor del mismo género y fundador del periódico *La siesta*, título que habla por sí solo). Al fin y al cabo, el carácter de una literatura regional o nacional es una resultante donde el peso mayor no proviene de las cumbres y las rupturas sino de las medianías inteligentes, de la producción media. A esto hay que sumar el hecho de que don Tomás vivió el esplendor de la escuela pictórica conocida como *Escuela de la Sabana*, como contemporáneo que fue de sus principales figuras e, incluso amigo de ellas, al lado de otros escritores, según lo cuenta el historiador y crítico de arte Eduardo Serrano en su texto acerca de la *Escuela de la Sabana*.

La contemplación frecuente, la intimidad, sería mejor decir, de Rueda Vargas con esas pinturas, no pudo sino ahondar lo que por su parte habían fermentado las lecturas (y no sólo literarias sino históricas), la experiencia personal de la Sabana y su sensibilidad particular. Que don Tomás mismo tenía conciencia de esto, lo revela una cita que trae Serrano en el texto que acabamos de mencionar y que de paso nos sirve para darle un giro a nuestra nota, para trastocar su perspectiva:

“Una región que la historia no haya marcado con el paso de sus hechos, que la literatura no haya embellecido trayéndola a sus páginas, que la música no haya elevado en el poder de sus notas, que la pintura no haya llevado a sus lienzos, será una serie de haciendas en donde las reses engorden más o menos, y los dueños se enriquezcan en proporción; pero jamás tendrá una fisonomía que pueda definirse con rasgos precisos en la mente de los hombres, ni llevará el espíritu de ellos a la contemplación interior de

- Este reencuentro con don Tomás Rueda Vargas, muchos años después del primero y feliz ocurrido en la juventud, nos ha llevado más atrás y más acá de él mismo. Lecturas y relecturas posteriores de distinto orden nos han revelado en él ya no sólo la cifra individual sino su lugar, destacado y entrañable, en la forja de una tradición, de la que en su momento fue cresta de la ola, cara del prisma que refleja y presta sus luces, sombras y texturas a ese otro, el pictórico, que se conformó en el mismo período y dentro del mismo ámbito.

lo mucho que hay en la hondura del pasado y en el misterio del porvenir”<sup>1</sup>.

Lo mismo podría decirse de la relación entre Homero y Grecia o entre Tomás Carrasquilla y Antioquia. Es decir, eso que llegó a conocerse como Sabana de Bogotá, que llegó a ser la Sabana de Bogotá, debe la conciencia de su ser a los personajes que protagonizaron su historia y a los escritores y artistas que la hicieron el objeto de sus creaciones, en tanto que éstos no se explican sin la existencia de aquélla. Cabe hablar, pues, de una Escuela Literaria de la Sabana, así como hace tiempo tiene tal estatuto la de la pintura. En uno y otro caso se pueden

señalar prolongaciones contemporáneas, expresiones artísticas, procesos creativos que, sin desconocer sus respectivos sellos individuales, se hicieron posibles y se explican dentro de sus respectivas tradiciones. Antonio Barrera en la pintura (1948-1990), y en la escritura Alfredo Iriarte (1932), son casos para mí claros de pertenencia a unas tradiciones que los hicieron posibles. Y en el caso de éste último, no puede hablarse, por supuesto, de un hiato entre Tomás Rueda Vargas y él. En la prosa de Eduardo Mendoza Varela, como en las de Hernando Téllez, Eduardo Caballero Calderón, Jaime Paredes Pardo (payanés afincado en

<sup>1</sup> Serrano, Eduardo. *La Escuela de la Sabana*, Bogotá, Museo de Arte Moderno de Bogotá y Novus Ediciones, 1990.

la Sabana), y en las de otros prosistas cundiboyacenses de primera categoría pertenecientes a esa generación nacida durante la segunda década del siglo XX, y sin desconocer sus deudas con otras tradiciones, especialmente la francesa, ni el cuño individual de sus particulares sensibilidades, resuenan en su limo esencial unas claves comunes en el ritmo, el tono, la melodía, la textura y hasta en la austeridad de la composición. Tales claves, a diferencia del caso antioqueño (Tomás Carrasquilla y Pedro Nel Gómez, que serían los ejemplos máximos en literatura y pintura), más inclinado a lo épico, se podrían caracterizar como propias de un temperamento de acento predominante lírico, rasgos generales de estilo que rocían, por supuesto, la prosa de Iriarte, quien prologa aquí a Rueda Vargas, lectura grata de su adolescencia, según lo confiesa, y admiración constante de toda su vida de lector de tiempo completo. El prólogo trae una anécdota que, dentro de su contingente y limitada circunstancialidad biográfica, es un dato histórico del cual podrían encontrarse, con toda seguridad, incontables ejemplos similares sobre la miríada de conductos a través de los cuales se forma y prolonga una tradición:

“Finalizaba el año de 1950 y con él mi temporada de bachillerato en el Gimnasio Moderno. Lógicamente, una de mis responsabilidades más honrosas durante ese año fue la dirección de *El Aguilucho*, la revista gimnasiana fundada por Eduardo Caballero Calderón en 1927. Pocos años atrás había caído en mis manos de ávido lector un libro que llamó poderosamente mi atención. Era *Visiones de historia*, editado por la inolvidable Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. En seguida comencé a leerlo y debo decir que el viaje por sus páginas fue una experiencia gratificante como pocas para mi sensibilidad juve-

nil; una travesía plena de los más hermosos hallazgos y pautada en todas sus fases por la prosa musical y serena del Maestro, cuyos ecos no sólo no se habían apagado en aquel lejano 1950, sino que siguen resonando con idéntica fuerza y armonía hoy, casi medio siglo más tarde (...). Fue así como, preparando la última edición de *El Aguilucho* (...) decidí tributar un sencillo homenaje al Maestro, de quien ya me empezaba a sentirme deudor, reproduciendo en la revista el capítulo de *Visiones de historia* sobre el fin del general Nariño”.

Un periódico colegial y tres escritores bogotanos, separados en sus fechas de nacimiento por treinta y uno, veintidós y setenta y dos años, son reunidos por el azar y las afinidades electivas en esas páginas. El Maestro, citado en esa entrega de 1950, también leído y, por supuesto, comentado por Caballero Calderón, fundador del periódico estudiantil (cabe recordar que apenas tenía diecisiete años en ese 1927) y de quien sobra hablar, y Alfredo Iriarte, encargado por “el vago azar o las precisas leyes que rigen este sueño, el universo” (según el verso de Borges) de convocar a Rueda Vargas, vía Caballero Calderón, en las páginas de *El Aguilucho* y de nuevo en el prólogo del libro que ha motivado esta nota, constituyen un testimonio de hecho de los encuentros y caminos en los que nació y se alimentó una tradición. Ésta se hizo hombro a hombro con la de los pintores de la Escuela de la Sabana, alimentándose de la misma savia y por eso guardando indecibles pero palpables correspondencias, correspondencias que nos acosan sin poder expresarlas cuando miramos, por ejemplo, cualesquiera de los paisajes de Roberto Páramo —esos parajes y rincones sabaneros pletóricos de suaves y dulces austeridades cromáticas, recogidos en su luz sombría, en el aire la inminencia (como en Fídolo

González Camargo, como en Jesús María Zamora) de una aparición que oscila entre lo angélico y lo siniestro, desinencia de formas que, más que contrastar con las otras, sugieren un despliegue único y por fases de una misma crisálida— y a continuación abrimos estas páginas escogidas de Tomás Rueda Vargas y leemos, por ejemplo, el siguiente pasaje:

“... en el parque de su residencia de campo, un parque con prados de ese verde profundo que sólo dan los siglos; con sombras de cedros y nogales que se suponen plantados por remotos bisabuelos; con humedades emanadas de los rincones que no toca jamás el sol. Un parque como el de uno de sus favoritos, Alfredo Tennyson, cuyos límites no se adivinen con precisión”.

O este otro:

“Con un eco extraño y que a mí, preocupado por la evocación del lejano pasado, me parece lúgubre, resuenan en la soledad de las amplias y numerosas estancias las pisadas y las voces de quienes visitamos en esta tarde de abril la inmensa casona de la hacienda, desierta de habitantes, poblada de memorias”.

Las horas en las cuales el niño Alberto Lleras Camargo —que llegaría a elaborar una de las mejores prosas que ha conocido el país— le ayuda a su tío, gran pintor de la Escuela de la Sabana, Fídolo González Camargo, en las excursiones que hacía éste por las afueras de Bogotá con el objetivo de tomar apuntes del natural, se constituyen en una bellísima alegoría viva de lo que aquí hemos sugerido, y la mejor rúbrica viene de mano del propio Lleras Camargo, quien muchos años después traza su evocación con una escritura que encarna como ninguna las virtudes de la que hemos descrito en estas cuartillas:

“De tiempo en tiempo, cuando el sol brillaba y los eucaliptos de los cerros temblaban plateados, con el viento bajo el cielo azul, Fídolo y yo, como su pequeño ayudante, hacíamos excursiones por los alrededores o partíamos hacia Chapinero hasta que él encontraba algo digno de fijar sobre sus pequeñas tablas de madera pulida y preparada con aceite oloroso y penetrante. Yo lo veía detenerse, mirar intensamente los tejares, al parecer abandonados, subir el brazo derecho hasta la altura de los ojos y con el dedo pulgar en alto, tomar en el aire diáfano alguna extraña medida para evaluar la importancia y la profundidad de lo que quería fijar en su tablilla. Yo seguía con emoción ese momento tan semejante a aquel en que mi padre se apostaba detrás de una cerca y esperaba el raudo paso de una bandada de palomas”.

Se necesita estar sordo para no percibir la filiación de este párrafo magistral con la cadencia de la mejor prosa de don Tomás Rueda Vargas. Y no hace poco por reforzar el significado de la imagen que atraviesa esta nota, enterarnos en el mismo texto de que el niño Alberto Lleras Camargo también hacía entonces sus pinitos de pintor en esas caminadas con su tío, destino, pensamos, que no abandonó sino que transvasó a la escritura, alcanzando en ella una eficacia no inferior a la ostentada por su tío con óleos y pinceles. Y no sólo eficacia: algo del aliento, la concisión, la fluidez y la levedad que a la vez suspenden y aligeran las imágenes de Fídolo, tocan la prosa del Alberto Lleras, digamos, que escribe el estupendo primer volumen de sus memorias.

Este reencuentro con don Tomás Rueda Vargas, muchos años después del primero y feliz ocurrido en la juventud, nos ha llevado más atrás y más acá de él mismo. Lecturas y relecturas posteriores de distinto orden nos han

revelado en él ya no sólo la cifra individual sino su lugar, destacado y entrañable, en la forja de una tradición, de la que en su momento fue cresta de la ola, cara del prisma que refleja y presta sus luces, sombras y texturas a ese otro, el pictórico, que se conformó en el mismo período y dentro del mismo ámbito. Azar hermoso y raro: que escritores y pintores coincidan durante las mismas décadas, con una eficacia semejante y desde elaboraciones de inconfundible individualidad, en fundar un territorio, en dotar de identidad plástica y literaria una geografía física, histórica y humana que los nutrió y espoleó con el sello particular de sus configuraciones.

Estas "Páginas Escogidas" de Tomás Rueda Vargas, seleccionadas y prologadas por Alfredo

Iriarte para la Biblioteca Colseguros de Autores Colombianos, se han dejado caer por nuestro escritorio con un retraso de seis años. Pero este retraso carece de importancia tratándose de la prosa de don Tomás, que, desprendida de todo vínculo con la actualidad y la moda, se ha quintaesenciado en el sabor y el aroma de lo perenne, de lo siempre vigente, de lo que está en una órbita distinta de la del éxito. El tiempo que ha pasado sobre estas páginas, revelando su decantación original respecto de cargas accesorias, y un mayor bagaje lector que del que disponíamos cuando muchachos, nos han permitido un disfrute más profundo de ellas al revelarnos sus vínculos con una historia: la de los pintores y escritores de la Sabana de Bogotá.

*bojas* **Universitarias**.....

## Bibliografía

- SERRANO, Eduardo, *La Escuela de la Sabana*, Bogotá, Museo de Arte Moderno de Bogotá y Novus Ediciones, 1990.
- POMBO, Manuel, *De Medellín a Bogotá*, Bogotá, Comisión Preparatoria para el V Centenario del Descubrimiento de América, 1992.